EL TEATRO
Y LA
ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA.

MONOMANIA TEATRAL

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. JOSÉ DE LA CUESTA Y D. HELIODORO CRIADO Y BACA.

MÚSICA DE LOS MAESTROS

D. LEANDRO Y D. ÁNGEL RUIZ.

MADRID.

DON FLORENCIO FISCOWICH
Y DON EDUARDO HIDALGO, EDITORES.
OFICINAS: Pozas, 2, 2.°, y Cedaceros, 4, 2.° izqda.
1888.

MONOMANÍA TEATRAL

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. JOSÉ DE LA CUESTA Y D. HELIODORO CRIADO Y BACA

MÚSICA DE LOS MAESTROS

D. LEANDRO Y D. ÁNGEL RUIZ.

Representado por primera vez en el Teatro de ESLAVA el día 9 de Febrero de 1888.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, *principal.*

1888.

PERSONAJES.		ACTORES.
ELOISA.....	SRTA.	SEGOVIA.
ABELARDO	SR.	RUIZ.
DON SIMÓN.....		LARRA.
SANTAMARÍA.....		RIQUELME.
UN CRIADO.....		RAMIREZ.

La escena en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de las galerías dramáticas EL TEATRO, de *Don Florencio Fiscowich*, y de la ADMINISTRACIÓN LÍRICO DRAMÁTICA, de *D. Eduardo Hidalgo*, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad en la parte que á cada una corresponde.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A JULIO RUIZ.

Allá va eso y... perdona. Si tu talento pudo salvar este parto (1) de nuestros ingénios, tu cariñosa indulgencia puede aceptar la dedicatoria que de él te hacemos.

Cristiánalo y que se desarrolle bajo... tu gracia.

HELIODORO CRIADO Y BACA. JOSÉ DE LA CUESTA.

11 de Marzo de 1888.

(1) En el buen sentido de la palabra.

609376

ACTO ÚNICO.

Gabinete lujosamente amueblado en casa de D. Simón. Á la izquierda, y en segundo término, un piano con un cuaderno de música sobre el atril. Á la derecha, y en primer término, un velador con escribanía, papel y sobres. Á un lado una marquesita ó pequeña butaca que imite á este mueble. Al alzarse el telón aparece Eloisa sentada al piano y D. Simón junto al velador leyendo un periódico.

ESCENA PRIMERA.

ELOISA y D. SIMÓN, á poco SANTAMARÍA.

ELOISA. (Haciendo un arpegio.) ¡Qué *Estrella del Norte!*

SIMON. (Sin dejar de leer el periódico.) ¿Qué, han salido las estrellas?

ELOISA. ¿Has oído *La Tempestad*?

SIMON. (Apartando la vista del periódico.) ¿Pero en qué quedamos; hay estrellas ó sigue el temporal?

ELOISA. ¡Jesús, papá! Si hablo de la zarzuela! No te haces cargo de la música...

SIMON. Bueno, basta de música y déjame leer el periódico.

SANT. (Desde dentro.) ¿Se puede?

SIMON. Adelante. (Se levanta para saludar á Santamaría, sin soltar el periódico.)

SANT. Ea, ya me tienen ustedes aquí. Á los piés de usted. (Saludando á Eloisa.)

ELOISA. Beso á usted la mano.

SIMON. ¡Hola, pollo! (Se dan la mano D. Simón y Santamaría. Sigue el primero leyendo.)

SANT. (Á Eloisa, acercándose al piano) ¿Está usted tocando?

ELOISA. Tecleando.

SANT. ¿Cómo tecleando? Si toca usted el piano mejor que Sarasate.

ELOISA. ¡Qué Sarasate! ¡Já, já! Pero hombre, si Sarasate lo que toca es el violín. (¡Y tú el violón!)

SANT. No lo dudo; basta que usted lo diga.

ELOISA. ¡Qué magnífica es esta escena que sigue! (Señalando al cuaderno.)

SANT. (Fijándose en él.) ¿Una romanza?

ELOISA. Ahora se va la tiple.

SANT. (Haciendo como que lee en el cuaderno.) Sí, y entra *Duettino*, que debe ser el tenor.

ELOISA. ¡Já, já! *Duettino* es un canto. Poco fuerte está usted en el italiano.

SANT. Pues mire usted, ningún año falto á Biarritz.

SIMON. (Leyendo.) Esto marcha. Quinientas escuelas más van á crearse.

ELOISA. (Una le hace falta á este sietemesino para aprender geografía.)

SIMON. Pero veamos. (Soltando el periódico.) ¿De qué se trata?

SANT. Hablábamos de música. Veo que Eloisa domina todos los géneros; lo mismo toca al alemán que al italiano

SIMON. ¡Oh, sí; mi hija lo toca todo! Pero yo no quiero que toque tanto.

ELOISA. Papá trata, siempre que puede, de combatir mi afición á la música y al teatro. ¡Oh, el teatro! ¡Allí está la gloria! (Con entusiasmo.)

SANT. ¿En qué teatro, Eloisa? Porque yo no conozco más que el *paraiso*.

SIMON. La gloria, hija mía, no está más que en el cielo.

ELOISA. Sí; pero el arte...

SIMON. Déjate de quimeras. El teatro tiene sus tropiezos... ¿verdad, Santamaría?

SANT. Que me lo digan á mí. La única vez que entré en el escenario del Circo de Rivas, tropecé y me caí al foso.

ELOISA. ¿Y se hizo usted mucho daño?

SANT. No mucho. Lo peor era el frío que se sentía allí. Estuve á punto de quedarme helado, si no hubiera sido por la paliza que me dieron los comparsas. Yo confieso que no le tengo grande afición al teatro.

SIMON. Sobre todo, por el foso. (Sonriendo.)

SANT. Sobre todo, no; debajo de todo; porque ya sabrán ustedes que los fosos están en la superficie del fondo de la profundidad de los teatros.

ELOISA. (¡Qué profundo es!)

SANT. Los que siempre me han gustado mucho son los toros: todos en mi casa son muy aficionados; todos, menos papá, que le tiene horror á los toros, no sabemos por qué. Y no crean ustedes, que yo he tomado parte en muchas novilladas y siempre he sido uno de los primeros...

SIMON. ¿Espadas?

SANT. No, estropeados. Todas las tardes que tenemos corrida, me pican.

ELOISA. ¿Que le pican á usted?

SANT. Sí, los amigos; son el demonio, y me queman aplicándome un apodo como es costumbre entre gente de coleta.

SIMON. ¿Y cómo le apodan á usted?

SANT. *Boca-abajo.*

ELOISA. ¿Y por qué?

SANT. Porque siempre que capeo á un becerro me encuentro en esa postura. Me arriesgo mucho. Con decir á ustedes que una tarde llegué á mi casa hasta sin elástica, está dicho todo. Casi siempre estoy en la cuna.

SIMON. ¡Pero hombre! ¿á la edad de usted no le han trasladado

todavía á una cama?

SANT. En la cuna, en el tecnicismo tauromáquico, quiere decir, en los cuernos.

ELOISA. ¡Qué diversión tan bárbara! El teatro, por el contrario, ilustra sin ofrecer peligro y brinda la fama cuando se alcanza el aplauso del público.

SIMON. ¿Y cuándo se alcanza una silba?

SANT. Pues no ocurre nada, don Simón, á mí me han dado muchas y muy buenas en las becerradas y todo es hasta acostumbrarse.

ELOISA. (Á D. Simón, con zalamoría.) Vamos, papá; debías dejarme ir al Conservatorio. Dicen que tengo facultades ..

SIMON. ¡Al momento iba yo á consentir que fueses cómica. ¡Que la hija de un alto empleado en el ministerio de la Gobernación, de todo un jefe de la sección de Orden público, entrase en el desorden que reina entre bastidores!

ELOISA. ¡Vamos, papaito! (Abrazándole.)

SIMON. Nada; no quiero que hablemos más de esto.

SANT. (Á D. Simón.) Hace usted bien en oponerse resueltamente.

ELOISA. (Este memo mantiene á mi padre en su error.)

SIMON. Desengáñate; tú no sirves para el teatro, no tienes voz.

SANT. En eso no estoy conforme; tiene voz y... voto.

ELOISA. Ya lo creo que tengo voz; pero no quiero lucirla.

SANT. Por favor, cante usted algo; déjenos oir su voz angelical.

ELOISA. ¿Quieres, papá?

SIMON. Bueno, canta.

MÚSICA.

ELOISA.

Si son tus bellos ojos
y tu faz angelical
exacta y fiel expresión
de tu alma celestial,

en tu mirada leeré
si para mi afán calmar,
el ideal que soñé
lo puedes tu realizar.

—

Porque mi alma
por tí suspira
y tuyo es todo
mi corazón;
porque tú eres,
prenda querida,
mi bien, mi vida,
mi sólo amor.

—

Yo no puedo
vivir sin tí;
ten, alma mía
piedad de mí.
Calma mi anhelo
y mi dolor,
confía siempre
en mi constante amor.

—

La fé que te he jurado
y mi ardiente frenesí
aumentan mi inmenso amor
cuando me miras así,
porque tus ojos, mi bien,
mirándome con pasión,
el espejo serán
de tu amante corazón.

HABLADO.

SANT. ¡Estoy encantado!

SIMON. (Éste siempre está como la *Redoma.*) Bien, hija, bien; pero insisto en que el teatro tiene sus tropiezos, y...

ELOISA. Vaya, vaya; qué terco es mi papá. Vaya... me has disgustado. Me retiro; ea, adios... (Á SANTA MARÍA.) Adios... *Boca-abajo.* (Vase.)

SANT. ¿Se burla? (Á D. SIMÓN.)

SIMON. Es su carácter.

ESCENA II.

D. SIMÓN y SANTAMARÍA.

SANT. Pues ahora que nos hemos quedado solos, hablaré á usted de cierto asuntillo.

SIMON. Tomemos asiento. (Se sientan.)

SANT. Usted me dispensará si le molesto.

SIMON. ¿Quiere usted callar? Estamos solos y puede usted hablar lo que guste con entera libertad, con toda franqueza. (Pausa.)

SANT. Pues amigo mío; yo quiero entrar en la ganadería de usted.

SIMON. ¿En mi ganadería?

SANT. Sí, hombre; en su familia. Nosotros los toreros hablamos así.

SIMON. (Estoy por darle un puntapié.)

SANT. Quiero casarme con Eloisa.

SIMON. Mire usted, pollo; esa es cuestión que principalmente interesa á ella y me tengo que atener á su dictámen.

SANT. Me parece que yo le convengo. Soy rico y...

SIMON. Muy rico, es verdad; pero las riquezas se pueden perder y como usted no tiene una carrera...

SANT. ¡Hombre, por muy mal que fueran las cosas, quedándome únicamente con mi hacienda *La Solana*, que produce todos los años, por término medio, mil fanegas de cebada, me parece que no nos faltaría que comer, ni á usted si se quedara cesante.

SIMON. Muchas gracias. (¡Qué animal!)

SANT. Ahora no vivo mal; buena casa, buena mesa, magnífica biblioteca y lujoso tren para mi hermano Eduardo

y para mí. Y el día en que por desgracia falte papá, Eduardo tirará de la librería y yo del coche.

SIMON. (Será tu fin.) Bien, consultaré con la opinión de Eloisa; yo no puedo decidir sin saber antes... porque... como usted no se va á casar conmigo...

SANT. Si fuera posible, sería mi mayor felicidad.

SIMON. ¿Qué?

SANT. Que si Eloisa me acepta, seré dichoso. (Se levantan.)

SIMON. Bueno; pues véngase á comer con nosotros hoy, y veremos en qué ánimos se halla mi hija. ¿Usted le ha dicho ya?...

SANT. Sí, hace un momento le he dicho algo; pero no me contestó, porque...

SIMON. ¡Ya! Con su manía artística, se encontraba en un estado...

SANT. ¡Interesante!

SIMON. Vaya, hasta después. Voy al despacho á firmar unos oficios.

SANT. Luego la pasaré de muleta, y usted puede... darle la puntilla.

SIMON. Sí, hijo. (¡Qué lenguaje!) Adios.

SANT. Hasta luego.

SIMON. Vaya usted con Dios. (Vase Santamaría por el foro.) No me parece que es éste el llamado á ser mi yerno, por que eso de la cebada... (Vase por la primera de la derecha.)

ESCENA III.

ABELARDO y un CRIADO.

CRIADO. (Desde el fondo á Abelardo.) Pase usted, el señor está ocupado ahora en su despacho; pero le daré aviso y no tardará en salir. (Entran los dos en escena.)

ABEL. Está bien; no le moleste usted, yo esperaré.

CRIADO. Siéntese, ahí tiene una marquesita. (Vase por la primera de la derecha.)

ESCENA IV.

ABELARDO, y luego D. SIMÓN.

ABEL. Una marquesita. (Breve pausa, en la que repara con la vista todos los ámbitos de la habitación.) ¡Será de la familia! (Breve pausa.) No veo á nadie. ¡Ah! ya... una *marquesita* se llama este mueble. (Por una butaca ó *marquesita* que habrá en la escena.) Acepto la indicación Mejor estaré sobre una marquesita que á pie derecho. (Se sienta.) Vamos á ver si consigo contratarme. Hace dos horas que supe que un señor Lanzacorta había tomado la empresa del teatro de Apolo; pregunté á un amigo que estaba en la puerta del ministerio de la Gobernación, si sabía las señas del tal Lanzacorrta; me dijo que eran estas, y aquí me encuentro para ofrecerme de tenor ó de bajo, aunque creo que yo no sirvo para esto. (Aparece D. Simón por la primera de la derecha. Abelardo se levanta.)

SIMON. Señor mío...

ABEL. ¿Es el señor de Lanzacorta á quien tengo la honra de saludar?

SIMON. El mismo, sí, señor, y usted es...

ADEL. Abelardo Cachaneja, para servir á usted y al público.

SIMON. Pues usted dirá.

ABEL. (Se sientan) Señor Lanzacorta, (Breve pausa.) yo necesito que usted me meta allí. (Señalando la primera puerta de la derecha.)

SIMON. (¡En mi cuarto!)

ABEL. No tengo ahora trabajo, y quiero que utilice usted mis servicios.

SIMON. (Vamos, es un pretendiente y busca un empleo en Gobernación) Pues, amigo mío, lo que usted desea, no es nada fácil. Están todos los puestos ocupados.

ABEL. (Llegué tarde, como siempre me ocurre. Estará ya hecha la formación.)

SIMON. Quizás con una buena recomendación.

ABEL. Tengo hechas muchas obras.

SIMON. (¡Calle, es escritor!)

ABEL. Pasan de sesenta las que tengo hechas.

SIMON. (¡Atiza!)

ABEL. (Entre comedias y zarzuelas, ese es mi repertorio.) Y no crea usted que me ha tocado siempre hacer los mejores papeles.

SIMON. ¿Y á qué clase de trabajos se dedica usted ahora?

ABEL. Ahora.. pues... (no le diré que soy galán jóven ni tenor cómico.) ahora, cuando no hay otra cosa que hacer.. hago *barbas*.

SIMON. (Vamos, tiene á reserva el pobrecillo el oficio de barbero.)

ABEL. En Sevilla tuve que hacer *El Barberillo*.

SIMON. (¡Con qué desprecio trata el oficio!)

ABEL. Por cierto que me impusieron una multa.

SIMON. (Desollaría á los parroquianos.)

ABEL. No puedo olvidar á Sevilla. Pasé allí muy malos ratos; pero deje usted, que bien me vengué de los sevillanos; buenos jabones les dí y bien los desollé.

SIMON. (¡Con qué frescura lo confiesa!)

ABEL. Yo he ido á Barcelona, á Málaga, á Valladolid, á Sevilla y á Ultramar.

SIMON. ¿Ha estado usted también en Ultramar? ¿Y qué hizo usted allí?

ABEL. *Un pan como unas hostias*. (Esta fué la obra conque debutamos.) Tuve, en fin, que variar de trabajo y me dediqué á hacer juguetes.

SIMON. El demonio es usted. (También ha sido muñequero.)

ABEL. He cultivado todos los géneros, y si usted me diera colocación, lo primero que haría para darme á conocer á todos, sería...

SIMON. ¿Qué haría usted? Veamos...

ABEL. *Dar la castaña*. (D. Simón se levanta, y al verlo Abelardo se levanta también.)

SIMON. Señor mío... me parece

ABEL. Es lo que hago en todas partes y no me dá malos resultados. Ahora bien, necesito saber una cosa. (Brevo

pausa.) ¿Cuántas mujeres tiene usted?

SIMON. ¡Hombre! Esa es ya una curiosidad...

ABEL. Muy natural en el que se encuentra en mi caso. (Tengo que saber cuántas tiples hay en la compañía.)

SIMON. (¿Se habrá creído este que soy el Gran Turco?) No tengo más que una.

ABEL. Muy poco es eso.

SIMON. ¿Qué es poco?

ABEL. Sí, señor; donde yo he estado he tenido por lo menos tres, y con las tres he trabajado. ¿No comprende usted que una es muy poca compañía?

SIMON. (¡Pero qué atrocidades dice este hombre!) ¿Conque poca compañía, eh? Pues amigo mío, una mujer no más tengo yo y me basta con ella.

ABEL. ¿Es cara?

SIMON. Y tan cara; solamente en trajes me cuesta un dineral.

ABEL. ¡Ah! ¿Tiene usted obligación de vestirla?

SIMON. ¿Pues quién la había de vestir? ¿el vecino de enfrente?

ABEL. Entiendo; están ustedes en... ajuste hace mucho tiempo.

SIMON. Ya lo creo... hace más de veinte años.

ABEL. ¡Será un carcamal!

SIMON. ¿Cómo un carcamal?

ABEL. Quiero decir, una ruina... (artística.)

SIMON. Efectivamente, una ruina es.

ABEL. Pues verá usted qué bien se arregla conmigo.

SIMON. ¡Señor Cachaneja! ¿Y usted se atrevería?...

ABEL. ¿Que si me atrevería? Ella debe estar acostumbrada...

SIMON. (Incómodo.) ¿Sabe usted con quién está hablando?

ABEL. Vaya si lo sé; con el Sr. Lanzacorta.

SIMON. Con efecto...

ABEL. Nuevo empresario del teatro de Apolo.

SIMON. Acabáramos. Me toma usted por otro Lanzacorta que contrata actores; yo me llamo también Lanzacorta, pero no tengo ninguna empresa teatral; soy jefe de la sección de Órden público del ministerio de la Gobernación.

ABEL. (Me salvé.) ¡Pues tenga usted piedad de mí y métame preso; sí, señor, envíeme usted á la cárcel y no me faltará el rancho en toda la temporada!

SIMON. ¡Qué salida! (¡Pobre hombre!) ¿Pero usted tiene porvenir en el teatro? Yo puedo recomendar á usted al empresario de la Zarzuela; es amigo...

ABEL. ¡Que si yo tengo porvenir! No lo sé; pero yo debo tener allí algo más que ahora como estoy; por lo menos tendré un foso en donde ocultarme á la vista de mis acrredores.

SIMON. Voy á cumplir á usted lo que le ofrecí; voy á darle una carta para el empresario de la Zarzuela. Conozco también al de la Princesa; pero usted no querrá hacer dramas. (Se pone á escribir.)

ABEL. ¡Oh! No, señor; cuando trabajaba sacaba para los garbanzos, y con las muchas patatas que me tiraban, tenía para el cocido todos los días.

SIMON. (Levantándose y dándole la carta.) Bueno; aquí tiene usted la carta.

ABEL. (Leyéndola.) «Estimado amigo mío: me intereso por el dador. Métalo usted por ahí en alguna parte. (Pausa.) Debe tener buena voz para la Zarzuela, porque ha declamado en el *Español*. Suyo afectísimo, Simón Lanzacorta.» Gracias, muchas gracias; pero podía usted haberle hablado más de mi voz. Yo, en ocasiones, cantando una romanza, he llegado á subir...

SIMON. ¿Á dónde?

ABEL. Hasta el paraiso, á. . pedirle una satisfacción á los que me silbaban.

SIMON. Bien; usted me dirá lo que resulta de esa carta.

ABEL. Perdone la molestia, y... *Buenas noches, señor don Simon...* (Cantando.) Nunca se me olvidará esta obra.

SIMON. ¿Qué, le silbaron á usted también en ella?

ABEL. No, señor; silbaron á mi padre; un recuerdo de familia que llevo grabado aquí. (Señalándose al oído derecho.)

SIMON. Bueno, vaya usted con Dios.

ABEL. Buenas noches... señor don Simón. (Vase cantando por el foro.)

ESCENA V.

D. SIMÓN.

¡Pobre diablo! Me inspira compasión su desgracia. No podrá ese infelíz hablar de las glorias del arte escénico con el mismo entusiasmo que mi exaltada Eloisa. El asunto es más sério de lo que parece y voy á poner un telegrama á mi esposa para que acelere su regreso de los baños, á ver si entre ambos conseguimos vencer esa monomanía teatral de Eloissa. (Dirigiéndose á la primera puerta de la derecha.) ¡Niña! Voy á salir y pronto vuelvo. Que vayan preparando la comida; Santamaría no tardará. (Vase por el foro.)

ESCENA VI.

ELOISA y luego el CRIADO.

ELOISA. (Aparece lentamente por la primera puerta de la derecha con un libro en las manos. Los siguientes versos debe recitarlos con grande afectación.) ¡Qué versos, qué armonía! (Leyendo.)

«Con débil y suave movimiento,
vagaba el gondolero por el lago
y vagaba su triste pensamiento,
y tanto dió en vagar que... se hizo un vago.»

(Volviendo otra hoja del libro y adoptando un tono apasionado.)

«Y vos que sois filósofo profundo
decid lo que una joven necesita
para ser muy dichosa en este mundo:
decidme, ¿qué?»

CRIADO. (Apareciendo repentina, pero respetuosamente, en la puerta del foro.)

Un joven, señorita.

ELOISA. (Cerrando con rapidez el libro y con asombro.) ¿Cómo?

CRIADO. Desea pasar: dice que se ha dejado aquí una carta.

ELOISA. ¿Una carta? Que pase y la recoja. (Vase el Criado por el foro.) Me saldré de este gabinetre; nosotras, las señoras no podemos recibir, estando solas, ninguna visita masculina. (Vá á retirarse cuando aparece Abelardo en la puerta del foro.)

ESCENA VII.

ELOISA y ABELARDO.

ABEL. (Desde la puerta.) ¿Dá usted su permiso?

ELOISA. (Volviéndose y reparando con gran sorpresa en Abelardo.) ¿Será posible?

ABEL. (Con alegría.) (¡Qué felíz encuentro: mi abonada de la Granja!)

ELOISA. ¿Y á qué viene usted aquí?

ABEL. Me dió el dueño de esta casa una carta...

ELOISA. ¡Mi padre! Ya caigo; y se la dejó usted olvidada...

ABEL. El dueño de esta casa es el señor Lanzacorta, y usted es...

ELOISA. Su hija.

ABEL. Luego aquél caballero que acompañaba á usted en la Granja, era...

ELOISA. Un tío, un comerciante en cueros.

ABEL. (Pues yo lo veía siempre vestido, y hasta con lujo.)

ELOISA. Sí, señor, hermano de mi padre. Nos abonamos á un palco y me llevaba todas las noches que había función; las que no había no me llevaba.

ABEL. (Y yo no cobraba.)

ELOISA. Para admirar á usted, que es un artista eminente.

ABEL. (¡En inminente peligro de muerte!)

ELOISA. No puedo olvidar aquella temporada.

ABEL. Ni yo.

ELOISA. Fué una temporada completa. La noche de su beneficio hizo usted (Con entusiasmo.) *El Molinero de Subiza* y *El último mono*.

ABEL. El último mono lo hice toda la temporada.

ELOISA. ¡Toda!

ABEL. Toda (por eso me dieron tantos micos.)

ELOISA. Tenía usted parte de miedo.

ABEL. Parte no; todo.

ELOISA. Al fin de la zarzuela se le quitaría á usted un gran peso de encima.

ABEL. ¡Muy grande, señorita! (Como que me quité el casco que era de hierro y pesaba nueve libras.) Todavía conservo un recuerdo de usted; un pañuelo con una *E* que llevo siempre sobre mi corazón. (Sacando un pañuelo de uno de los bolsillos.)

ELOISA. (Con pasión.) ¿Lo lleva usted siempre?

ABEL. (Con gran ternura.) Siempre. (Como que no tengo otro.) Si este pañuelo pudiera hablar; pero no puede... (y no es por falta de boca.) (Extiende el pañuelo, que deberá tener en el centro un gran agujero.) Le diría á usted cuántas lágrimas ha enjugado que brotaban de mis ojos al pensar yo que era un pobre artista y no puedo aspirar al amor de usted.

ELOISA. (Muy cariñosamente.) ¿Y por qué no?

ABEL. (Cogiéndola una mano.) ¿Qué dice usted, señorita? ¿Será posible tanta dicha?

ELOISA. Yo he soñado con un hombre.

ABEL. (Y yo con una mujer.)

ELOISA. (Con romanticismo.) Lo soñé vagamente, cuando aún no pensaba en el arte; lo ví ante mis ojos cuando el arte me inspiró, y le amo ahora que estoy decidida á cultivar el arte.

ABEL. Ó lo que es lo mismo, antes del arte, en el arte y después del arte.

ELOISA. (Dando un fuerte golpe con un pie y pisando á Abelardo.) Si usted siente lo que yo siento, se realizará mi sueño.

ABEL. (Rofiriéndose al pisotón que ha sufrido.) No sabe usted cuán grande es mi sentimiento.

ELOISA. ¿Me amará usted siempre?

ABEL. Siempre. (Se pone de rodillas.) Te lo juro por la salud de

mis madres.

ELOISA. ¿De tus madres?

ABEL. Porque mi padre se casó cuatro veces... (Aparecen por la puerta del foro D. Simón y Santamaría. Al fijarse en ellos Eloisa, en el instante de su aparición, vase por la primera puerta derecha, dejando á Abelardo arrodillado.)

ESCENA VIII.

ABELARDO, D. SIMÓN y SANTAMARÍA.

SIMON. ¡Cielos!

ELOISA. ¡Ay! (Se va por la primera derecha.)

ABEL. (Volviendo la cara y reparando en ambos.) (Nos hemos caído.) (Cae al suelo, quedando en actitud ridícula. Se adelantan D. Simón y Santamaría y le cogen cada uno por un brazo.)

SIMON. Levántese usted.

ABEL. Gracias; estoy bien.

SANT. Vamos, arriba.

ABEL. ¿Al sotabanco? (Se levanta.)

SIMON. (Gravemente.) Ahora cante usted.

ABEL. «La ví por vez primera...»
(Cantando este motivo de zarzuela.)

SIMON. ¡Chist!... ¡que está usted alborotando!

ABEL. ¿Pues no me ha dicho que cante?

SANT. Lo que le han querido decir es que hable.

SIMON. Va usted á ver para qué ha nacido.

ABEL. Me alegraría saberlo, porque hasta ahora no he dado con la tecla.

SIMON. Esa señorita es mi hija, y me indigna...

SANT. Es natural...

SIMON. Es mi hija...

SANT. Es natural...

ABEL. (Yo creí que era legítima.)

SIMON. (Furioso.) ¿Á dónde vamos á parar?

ABEL. ¿Yo?... al Pardo.

SANT. No, señor, á la cárcel.

ABEL. (Á Santamaría.) Pero á usted, ¿qué le importa?

SANT. ¿Sabe usted quién soy yo?

ABEL. No, señor, ni me importa.

SANT. Soy... Santamaría.

ABEL. *Ruega por nosotros.*

SIMON. Explique usted por qué se encuentra aquí.

ABEL. He perdido la carta de recomendación.

SIMON. Podía usted haber ido sin carta, tomando mi nombre.

ABEL. No lo juzgué prudente. Tenía temores de que me hubieran recibido mal.

SIMON. ¿Pero esos temores eran fundados?

ABEL. Fundados ó sin funda, no quise atreverme.

SIMON. Hable usted, hable usted, porque estoy con mucho cuidado.

ABEL. Usted saldrá de su cuidado... si me deja hablar. Hace un año que la conocí, y simpatizamos. Tuve un pequeño...

SANT. y SIMON. ¿Eh?

ABEL. Disgusto con un compañero mío, perdí los estribos, y ya iba yo á dejar á Eloisa en el Sitio...

SANT. ¡Qué desfachatez!

SIMON. ¡Infame! (Arrojándose sobre él.) ¿Conque iba usted á matar á mi hija? (Furioso.)

ABEL. ¡Matarla yo! Digo que la iba á dejar en el Real Sitio de la Granja, porque tuve el propósito de rescindir mi contrato. No fué asi, y tuvimos ocasión de entendernos. En resúmen, que yo la amo y que ella me corresponde.

SIMON. Pero, poco á poco. ¿Usted puede casarse?

ABEL. No he probado todavía; pero creo que podré, por más que mi posición es apuradilla.

SIMON. Pues por eso.

ABEL. El dinero es lo de menos.

SANT. No estamos conformes.

ABEL. Sí, señores. Les daré mis razones.

MÚSICA.

I.

ABEL. El dinero es poderoso
caballero, y es verdad,
pero no en todos los casos
es esencial, es esencial.
(Porque...)
¿Para qué lo quiere
aquél que se muere
si después de muerto
no puede gozar?
Para *ná*, para *ná*,
tiene del dinero
la *necesidá*.

SIMON y SANT. Es verdad, es verdad,
el dinero entonces
no sirve *pa ná*.

ABEL. Pongo por ejemplo
que se muere usted. (Por D. Simón.)
Ó usted. (Por Santamaría.)

SIMON y SANT. Ó usted.

ABEL.. Á mí esas cositas
no me hacen el bú.

SIMON y SANT. ¿Á usted no? ¿por qué?
(Por... por...)

ABEL. Por el turúm, turutúm.

TODOS. Pero qué es el turúm turutúm

II.

Un murguista que tocaba
día y noche el cornetín
se casó con una vieja
que no le quería oir.
y decía el pobre
entre mil lamentos,

¿para qué me sirve
ahora el instrumento?
para *ná* para *ná*,
no quiere mi esposa
que yo toque ya.

SIMON y SANT. Es verdad, es verdad,
ciertos instrumentos
no sirven de *ná*.

ABEL. Pongo por ejemplo
que lo toca usted ó usted.

SIMON y SANT. Ó usted.

ABEL. Á mí esas cositas, etc.

III.

ABEL. Un cesante amigo mío,
ha hecho la barbaridad
de casarse sin un cuarto
y ya arrepentido está.
¿Para qué se casan
si el día se pasan
sin comer los pobres
ni un poco de pan?
Para *ná*, para *ná*
si á los dos los mata
la debilidad

SIMON y SANT. Es verdad, es verdad,
que á los dos los mata
la debilidad.

ABEL. Y lo peor del caso
no lo sabe usted ni usted.

SIMON y SANT. Ni usted.

ABEL. Y es que al poco tiempo
ya resultan tres.

SIMON y SANT. ¿Por qué? ¿por qué?
(Por... por...)

ABEL. Por el tum turuntúm, etc.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y ELOISA.

HABLADO.

SANT. Yo no puedo creer que Eloisa ..

ELOISA. (Apareciendo solemnemente por la primera puerta de la derecha y afectando gran resolución.) Yo diré la verdad. Sí, le amo.

SIMON. ¿Cómo?

ABEL. Como ama todo el mundo.

SANT. (Á Eloisa.) Repare usted en que...

ELOISA. Nada, estoy resuelta; quiero entrar en el teatro.

SIMON. (Pues, señor, no hay remedio, habrá que transigir. Pero se me ocurre una idea) (Santamaría se acerca á Eloisa y aparenta recibir con gran cortesía las excusas de ella, en tanto que D. Simón dice aparte á Abelardo.) Oiga usted, entrará usted en Gobernación con un buen sueldo, y si logra disuadir á Eloisa de su monomanía teatral, autorizo el matrimonio.

ABEL. Gracias, muchas gracias. Procuraré apartarla del teatro. Ni siquiera pasará por donde haya uno.

SIMON. Bueno; pues quédese usted á comer con nosotros.

ELOISA. ¡Y estos señores? (Por el público.)

ABEL. Es verdad, allá voy... (Al público.)

MÚSICA.

ABEL. Al final de las zarzuelas
es costumbre inmemorial
el pedir cuatro palmadas
el autor y los demás,
y yo en este caso
quiero, si señor.
que den dos palmadas,

nada más que dos,
al autor, al autor,
y otra para todos,
si hacen el favor.

TODOS. Al autor, al autor,
y otra para todos
si hacen el favor.

TELÓN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle de San Martín, 2; de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12; y de *González é hijos*, Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administración.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, **PARIS**. PORTUGAL; *D. Juan M. Valle*; Praça de D. Pedro. **LISBOA** y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardim, **PORTO**. ITALIA.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.